

Título: **Con sus ojos centinelas**  
Pseudónimo: **Maresía**

Eva y Marcos recrean en el escenario de sus cuerpos una coreografía atávica, compuesta ya por los ancestros, arcaica, sí, pero inédita y desvelada de nuevo en cada crepúsculo. En la danza que ejecutan con movimientos rítmicos y sincopados, se traban, se fusionan y se fraguan en uno.

Eva llega al éxtasis y sus últimos suspiros y gemidos de placer se mezclan con sus primeros sollozos y, poco después, con un llanto callado, contenido y amargo.

Marcos, que las primeras veces estaba desconcertado, ahora sabe lo que debe hacer. La acoge en su regazo y la cubre con la sábana. La abraza y le acaricia el pelo, se lo recoge y lo peina con las yemas de sus dedos. Y le susurra. Le susurra una melodía sin palabras, apenas unas notas en un arrullo. Ella busca su protección y se encoge entre sus brazos a la manera de un ovillo.

Desde el placer, Eva viaja de forma irremediable a las tinieblas del fondo de su habitación de niña, donde suplicaba a un Dios ausente que aquella noche no se abriera su puerta. Fueron más de mil noches, muchas más. Han pasado veinticinco años y le parece recordarlas una a una.

En el crisol de su pecho se amalgaman imágenes y sombras, sonidos y silencios, olores y hedores, sentimientos y conmociones. Y la pócima es amarga, como la veladura que colma y desborda sus ojos.

Siente vergüenza. Vergüenza de sí misma por disfrutar ahora tanto con aquello que tanto temía, con aquello que tanto asco le daba, que tanto odió, que tanto la hizo sufrir. Esquiva su mirada. No quiere que Marcos la mire. No ahora. Y cierra sus ojos con fuerza, como si quisiera no ver lo que nunca ha podido dejar de ver.

Siente culpa. Se culpa a sí misma por haber tenido miedo, por no atreverse a decir no, por no atreverse a gritar, por no haber sabido pedir ayuda. Cubre su boca con sus manos. No quiere que Marcos la bese. No ahora. Y cierra y aprieta sus labios con fuerza, como si quisiera ahogar el grito que nunca profirió.

Siente rabia. Rabia por la discreción trocada en silencio cómplice, por la prudencia trocada en desamparo cómplice, por el escándalo de tapar el escándalo. Esconde sus manos bajo las

sábanas. No quiere que Marcos las tome. No ahora. Y cierra y aprieta y alza su puño con fuerza, como si quisiera espantar las sombras que nunca la abandonan.

A pesar del tiempo transcurrido no puede olvidar. Se pregunta a sí misma, igual que tantas otras veces, qué hará para olvidar. Cuánto tiempo habrá de pasar. Una cuenta le ronda. Un año para olvidar una noche. Dos años para olvidar dos noches. Pasarán más de mil años, muchos más. Por un instante se siente divertida: le recuerda la letra de una canción. Una canción, una canción... oye a Marcos, que le susurra al oído una melodía. Una melodía que conoce, una melodía a la que ahora ella, casi sin querer, le pone palabras, una melodía que musita junto a él y que la rescata:

*Que te quiero más que a nadie y más que a nada,  
te lo he dicho con mis ojos centinelas,  
te lo he dicho con mis manos que te sedan,  
te lo he dicho con mi lengua enamorada.*

Eva se incorpora con lentitud, de vuelta de su pesadilla. Esboza una tímida sonrisa y mira a los ojos a Marcos, le toma las manos y le besa en los labios.